

Notas en torno a la aculturación en Tartessos

CARLOS G. WAGNER

I. Introducción

El interés por el estudio de los procesos de aculturación en la Antigüedad es bastante reciente en comparación con otros períodos de la Historia. Su introducción, aquí como allí, hay que buscarla en la compleja problemática planteada por los diversos fenómenos de colonización y contacto entre culturas. Científicamente originado en el ámbito de la Antropología aplicada como respuesta a los problemas específicos de las culturas resultantes de procesos coloniales históricamente cercanos y determinados por la expansión europea en América, África y Asia, su estreno en relación con la Historia Antigua se retrasa prácticamente hasta mediados de la década de los setenta en que ve la luz un importantísimo trabajo metodológico debido a Gruzinski y Rouveret¹. Bien es cierto que podemos encontrar algunos precedentes, como es el caso del *VIII Congreso Internacional de Arqueología Clásica*, publicado en París en 1963², y que de hecho constituyó el punto de arranque para la investigación de todo este género de cuestiones. Aún antes se habían sentado en cierto modo las bases para preocupaciones de esta índole a raíz de la publicación de un trabajo de Pallotino en el que se critica la vieja valoración academicista del arte antiguo, fundada sobre un conjunto de «categorías universales» que dejaban muy estrecho margen a la valoración de otras experiencias artísticas distintas a lo que los cánones habían definido

¹ «Ellos son como niños». Histoire et acculturation dans le Mexique colonial et l'Italie méridionale avant la romanisation», *MEFRA*, 88, 1976, pp. 159-217.

² *VIII Congrès International d'Archéologie classique: Le Rayonnement des Civilisations Grecque et Romaine sur les Cultures périphériques*, Paris, 1963.

como «Clasicismo» y que eran catalogadas y subvaloradas como «preclásicas», «postclásicas» o «periféricas»³.

Más recientemente, una serie de encuentros y reuniones internacionales, algunas de las cuales no han sido publicadas⁴, han venido a incidir con mayor fuerza en la caracterización y el alcance de los procesos de aculturación detectados en el mundo antiguo. Así, cabe señalar las actas en dos volúmenes del *Segundo Congreso Internacional de Prehistoria y Protohistoria Mediterránea*⁵, y la publicación del coloquio celebrado en Cortona en mayo de 1981⁶. Es de esta forma que la atención por los fenómenos de interacción que resultan del contacto entre culturas se ha ido despertando entre los investigadores de la Antigüedad, poco propensos en general a los planteamientos interdisciplinarios, en relación con contextos y procesos coloniales diversos⁷, y entre ellos con aquel de la colonización fenicia en la península Ibérica y el impacto que ejerció sobre la cultura autóctona con la que entró en relación: aquella que tradicionalmente conocemos como Tartessos⁸.

II. Problemática del conocimiento

Es el denominado *período orientalizante* tartésico el que asiste al nacimiento de diversas manifestaciones de interacción cultural que podemos considerar como aculturación, pero nuestra comprensión sobre el contenido y alcance de este proceso se encuentra determinada por la documentación de que disponemos y la interpretación que de ella se realiza. Cualquier estudio sobre la aculturación en Tartessos tropezará con la dificultad adicional de una falta de información literaria fiable. Los documentos escritos aluden fundamentalmente a noticias de índole geográfica cuando no a aspectos de carácter mítico o legendario de los que no se puede obtener ciertamente mucho provecho⁹. El único texto susceptible de ilustrar algo mejor la

³ «Per una nuova prospettiva della storia dell'arte antica: il problema dei rapporti tra le esperienze preclassiche, periferiche e postclassiche nel mondo circummediterraneo», *Archivio de Prehistoria Levantina*, IV, 1953, pp. 1-16.

⁴ Tal es el caso de los encuentros de Milán (*Colloquium: Grecs et indigènes*, Milán, Centre culturel français, 2-4, april, 1975) y Roma (*Table ronde sur l'acculturation*, Roma, École française de Rome, 16 april, 1976).

⁵ *Interaction and Acculturation in the Mediterranean: proceedings of the Second International Congress of Mediterranean Pre- and Protohistory*, Amsterdam, 1980-1982.

⁶ *Forme di contatto e processi di trasformazione nelle società antiche*, Pisa-Roma, 1983.

⁷ J. De La Genière, «La colonisation grecque en Italie méridionale et en Sicilie et l'acculturation des non-Grecs», *RA*, 1978, 2, pp. 257-276; P. Veyne, «L'hellénisation de Rome et la problématique des acculturations», *Diogène*, n.º 106, april-june 1979, pp. 3-29; C. R. Whittaker, «The Western Phoenicians: Colonisation and Assimilation», *Proceedings of the Cambridge Philological Society*, 200 (n.º 20), 1974, pp. 67-79.

⁸ M. E. Aubet Semmler, «Algunas cuestiones en torno al período orientalizante tartésico», *Pyrenae*, 13-14, 1977-1978, pp. 81-107; C. G. Wagner, «Aproximación al proceso histórico de Tartessos», *A. E. Arq.*, 56, 1983, pp. 18-29; M. Almagro GORBEA, «Colonizzazione e acculturazione nella penisola iberica», *Forme di contatto...*, cit. (n. 6), pp. 429-461.

⁹ Las fuentes literarias sobre Tartessos en J. M. Blázquez, «Fuentes griegas y romanas referentes a Tartessos», *V Symposium de Prehistoria peninsular*, Barcelona, 1969, pp. 91-110; sobre el valor y la información de estas fuentes: C. G. Wagner, «Tartessos y las tradiciones literarias», *RStF* (en prensa).

realidad interna del mundo tartésico, el mito de Gargoris y Habis transmitido por el epitomista Justino, ha sido recientemente puesto en entredicho por el oportuno análisis de García Moreno¹⁰.

Ante este vacío de documentación literaria, la investigación arqueológica, pese a todos los esfuerzos realizados, no despeja suficientemente las abundantes zonas de incertidumbre en las que nos movemos. Por lo general, los yacimientos tartésicos, poblados o necrópolis, han sido excavados parcialmente, algunos mucho tiempo atrás y con técnicas rudimentarias, y en no pocas ocasiones la prospección se reduce a un sondeo o a un corte estratigráfico con el fin de determinar secuencias cronológicas y sus correlaciones¹¹. Pero si tales circunstancias, que con frecuencia responden a un género de factores que escapan al tesón profesional de los arqueólogos, resultan ya de por sí negativas, no lo es menos lo que muy bien se podría denominar como uno de los malos hábitos por excelencia de la arqueología hispana; tal y como señalara hace poco el profesor Llobregat: «la especialización indiscriminada de muchos investigadores, su falta de conocimiento de los problemas conexos, y sobre todo de una teoría general de la cultura, globalizadora de todas sus manifestaciones, que es necesaria de todo punto al arqueólogo y previa a cualquier otro tipo de investigación, han hecho regresar los estudios a un período abusivamente centrado en el objeto por el objeto y la técnica excavatoria por la técnica»¹². Una excesiva y frecuentemente mal asimilada dependencia de la arqueología germana es, en mi opinión, la responsable de este *ultrapositivismo arqueológico*, mientras que se continúan ignorando gran parte de los planteamientos teóricos y metodológicos que inspiran actualmente la investigación arqueológica en muchos otros lugares.

Como resultado de todo ello, la investigación en torno a Tartessos se traduce a menudo en una caracterización marcadamente superficial de sus pretendidas manifestaciones culturales; y así, se alude en un plano general a una «semitización» que no pocas veces se califica de profunda sin que se sepa muy bien qué es lo que se quiere definir con el empleo de tal vocablo, por lo demás impreciso¹³. En otras ocasiones se habla de aculturación sin más, proyectando una generalización desmesurada a partir de datos escasos¹⁴.

¹⁰ L. García Moreno, «Justino, 44, 4 y la historia interna de Tartessos», *A. E. Arq.*, 52, 1979, pp. 111-130; contra: J. Bermejo Barrera, *Mitología y mitos de la Hispania prerromana*, Madrid, 1982, pp. 61 ss., pero los argumentos de este autor son escasamente convincentes, vid.: Wagner, *Loc. cit.* (n. 9).

¹¹ Acerca de la necesidad de poseer una visión completa de los lugares en los que parece detectarse la existencia de influencias coloniales para poder obtener una correcta evaluación de su incidencia, vid.: J. P. Morel, «Greek Colonization in Italy and in the West (Problems of Evidence and Interpretation)», *Crossroads of the Mediterranean* (T. Hackens-N. D. Holloway-R. R. Holloway, eds.), Lovaina, 1984, pp. 129-130.

¹² «Orígenes de la cultura ibérica en Contestania», *Ampurias*, 38-40, 1976-1978, p. 69.

¹³ En último término: J. M. Blázquez, «Panorama general de la presencia fenicia y púnica en España», *I Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici*, vol. 2.º, Roma, 1983, p. 313; las consideraciones al respecto del empleo de este vocablo: Wagner, *Loc. cit.* (n. 8), pp. 18 ss.

¹⁴ Por ejemplo: J. P. Garrido, «Mundo indígena y orientalizador en la región del Tinto-Odiel», *A. E. Arq.*, 52, 1979, p. 43, señala la posibilidad de que este foco orientalizador, representado por la necrópolis de La Joya, fuera debido a la presencia de «indígenas

Otras veces, si bien se reconoce la compleja problemática que entraña tal aculturación y su especial impacto sobre las élites dominantes de las comunidades autóctonas, se aplica de forma generalizada este concepto a todos los campos de la cultura local mediante una insistente argumentación acumulativa que no siempre tiene en cuenta los distintos grados de fiabilidad de los datos enumerados, procedentes en ocasiones de contextos mal o parcialmente conocidos, e interpretados desde una perspectiva poco familiarizada con el contenido antropológico implícito, lo que da lugar a peligrosas extrapolaciones¹⁵. Y prácticamente son minoría aquellos que con mejor sentido advierten la existencia de un proceso de aculturación que, amén su complejidad, actúa de forma selectiva, con lo que se introduce el problema de los límites de dicha aculturación¹⁶.

III. Interpretación de la evidencia documental

Es, claro está, en la interpretación de la evidencia que los distintos tipos de documentos proponen donde se plantean las mayores dificultades. Es tanto esto así, que no pocas veces, como tendremos oportunidad de comprobar, la interpretación de documentos de diverso género arroja un saldo contradictorio sobre un mismo hecho. Los condicionamientos expuestos en el anterior epígrafe no son en modo alguno ajenos a ello.

1. Muestras de cultura material

Ya que ha sido fundamentalmente la identificación de una serie de vestigios concretos de cultura material lo que permitió establecer originariamente la existencia de un ambiente orientalizante en Tartessos¹⁷, parece prudente comenzar con la problemática que de cara a la aculturación la presencia de tales objetos y técnicas introduce.

completamente aculturados, pues desde luego los restos materiales encontrados nos hablan de un mundo oriental transplantado a la región del Tinto-Odiel». Este autor parece no tener en cuenta la presencia de algunas significativas pervivencias como son el caso de las inhumaciones en decúbito supino o las cerámicas manufacturadas a mano. En cualquier caso el empleo indiscriminado del término *aculturación* parece constituir últimamente uno de los «vicios» favoritos de nuestros investigadores: M. Pellicer. «Ensayo de periodización y cronología tartesia-turdetana», *Habis*, 10-11, 1979-1980, p. 325; Idem., «Yacimientos orientalizantes del Vajo Guadalquivir», *I Congreso...*, cit. (n. 13), vol. 3.º, p. 835; M. Fernández Miranda, «Ambiente tartésico y colonización fenicia en el Suroeste peninsular ibérico», *Ibid.*, pp. 847 ss. J. Maluquer de Motes, «La dualidad fenicia y griega en Occidente», *Aula orientalis*, IV, 1986, p. 204; J. Fernández Jurado, «La influencia fenicia en Huelva», *Ibid.*, p. 211.

¹⁵ Almagro Gorbea, *Loc. cit.* (n. 8), pp. 433 ss.

¹⁶ M. E. Aubet-M.ª R. Serna-J. L. Escacena-M. M. Ruiz Delgado, *La Mesa de Setefilla. Lora del Río (Sevilla). Campaña de 1979*; *E. Auq. Esp.*, 122, 1983, pp. 86 y 99. Aubet, *Loc. cit.* (n. 8), pp. 98-99.

¹⁷ A. Blanco, «Orientalia», *A. E. Arq.*, 29, 1956, pp. 3 ss.; ídem, «Orientalia II», *A. E. Arq.*, 33, 1960; J. M. Blázquez, *Tartessos y los orígenes de la colonización fenicia en Occidente*, Salamanca, 1975, pp. 60 ss.

a) *Novedades formales*: se agrupan en dos categorías distintas en función de su utilidad. Así, todos aquellos productos de carácter suntuario, como las joyas, bronces y marfiles, se integran en un conjunto de *bienes de prestigio*, quedando limitado su uso por lo tanto a las élites autóctonas de las que son símbolo de rango y jerarquía. Estos objetos, que incrementan el fondo de poder de quienes los poseen son, consiguientemente, poco representativos de los usos y gustos del resto de la población¹⁸, por lo que las mencionadas élites serían, según parece deducirse de tal evidencia, los grupos sociales más permeables al impacto de las influencias procedentes de la cultura colonial, tal y como tenemos también documentado en otras situaciones análogas¹⁹.

En lo que se refiere a objetos de carácter más utilitario, como puede ser el caso de la cerámica, que si bien en un principio por su exotismo y mayor calidad se integra en la categoría anterior, al ser finalmente asimilados por la cultura local pertenecen al ámbito de los *bienes de subsistencia*, y como tales podrían definir mejor el alcance del impacto colonial sobre el mundo indígena. Pese a ello es preciso mantener cierta cautela ya que de por sí, la presencia de una novedad formal es apenas significativa si no es enjuiciada en relación con el *coeficiente de factores inamovibles* y el de *novedades estructurales*²⁰. Respecto al primero de ellos, no deja de ser interesante comprobar el predominio durante todo el siglo VII a.C. en los yacimientos tartésicos de la cerámica a mano tradicional, con o sin decoración bruñida, que en algunos casos se perpetúa más allá, alcanzando incluso el siglo V a.C.²¹. Ello atañe también al coeficiente de novedades estructurales en tanto en cuanto que, como tendremos ocasión de ver, la introducción y difusión del torno en el contexto cultural autóctono no se produce con la rapidez que inicialmente cabría sospechar.

Pero además, la imitación de la tipología cerámica fenicia por el artesanado local se produce de forma selectiva. Son fundamentalmente los vasos à *chardon*, las copas pintadas, las urnas globulares y, sobre todo los platos de borde ancho, las formas que se incorporan definitivamente al repertorio autóctono²². Parece claro, por ello, que los autóctonos sólo imitaban aquello que de una forma u otra podía serles culturalmente útil²³, y así otras cerámicas típicas de los asentamientos coloniales fenicios, como es el caso de los oinokes de «boca de seta» o las anforillas de cuello cilindroide, destinados a contener esencias y perfumes no fueron incorporados por lo general al repertorio tartésico²⁴. Tal impresión viene reforzada por el

¹⁸ Aubet, *Loc. cit.* (n. 8), pp. 98-99; Wagner, *Loc. cit.* (n. 8), pp. 19 ss.

¹⁹ Gruzinski-Rouvet, *Loc. cit.* (n. 1), p. 178.

²⁰ Llobregat, *Loc. cit.* (n. 12), p. 73.

²¹ Aubet, *Loc. cit.* (n. 8), p. 104; idem, *Op. cit.* (n. 16), p. 101. Fernández Miranda, *Loc. cit.* (n. 14), pp. 847 ss.; J. P. Garrido Roiz, «Presencia fenicia en el área atlántica andaluza: la necrópolis orientalizante de Huelva (La Joya)», *I Congreso...*, cit. (n. 13), vol. 3.º, p. 859.

²² J. J. Jully, «Reprochaments avec Motye (necrópole) et Carthage (Tophet): ceramiques», *Ampurias*, 38-40, 1976-1978, p. 386; Aubet, *Loc. cit.* (n. 8), p. 103; I. Negueruela Martínez, «Sobre la cerámica de englobe rojo en España», *Habis*, 10-11, 1979-1980, p. 347.

²³ Jully, *Loc. cit.*, p. 386.

²⁴ Jully, *Ibid.*; Almagro Gorbea, *Loc. cit.* (n. 8), p. 439, n. 31.

hecho de que, a excepción de los platos, las otras formas cerámicas integradas por los autóctonos a su propio repertorio tipológico no constituyen piezas frecuentes en el ambiente colonial de los asentamientos fenicios de la costa, siendo allí, por el contrario, excepcionalmente raras²⁵. Ello viene a plantear de paso el problema de su procedencia; problema con el que se vincula una otra constatación: la tipología de los platos de barniz rojo hallados en un contexto cultural tartésico no se ajusta a la evolución de las formas observada en el ámbito fenicio colonial, y así formas que en tales asentamientos fenicios representan una tipología arcaica fechable en la segunda mitad del siglo VIII a.C. aparecen posteriormente en yacimientos claramente tartésicos, como Setefilla, La Joya o Cabezo de San Pedro, en un momento, finales del siglo VII comienzos del VI a.C., en que hacía tiempo que habían dejado de estar presentes en los supuestos focos originarios de difusión²⁶. Como señala Aubet, es improbable que los artesanos locales imitaran modelos desaparecidos tiempo atrás, por lo que cabe sospechar la existencia de un foco de difusión distinto de los asentamientos fenicios del litoral²⁷. Este foco arcaizante no debía depender tampoco de la gran metrópoli colonial, Gadir, habida cuenta de que el establecimiento de las colonias fenicias al este del Estrecho se considera en función de los intereses de aquélla²⁸.

Ante tales consideraciones, todas estas cerámicas pierden su posible significado en torno al impacto aculturador ya que, como parece, su uso quedaba reducido al carácter de «vajilla de lujo» entre los autóctonos²⁹, y su presencia no implicaba en principio la asimilación de pautas culturales extrañas a los usos de aquéllos. Más que bienes de subsistencia se trata también en realidad, por lo menos hasta finales del siglo VI a.C. de bienes de prestigio que, por lo tanto, podían superponerse sobre las prácticas locales sin modificarlas³⁰.

b) *Introducción de innovaciones técnicas*

Se viene admitiendo comúnmente, ante los indicios de la evidencia arqueológica, que la colonización fenicia fue responsable de la introducción en el mundo tartésico de una serie de innovaciones técnicas que habrían tenido el efecto de transformar las prácticas económicas de las poblaciones

²⁵ Aubet, *Loc. cit.* (n. 8), p. 103; A. M. Bisi, *Cerámica púnica*, Nápoles, 1970, p. 16; M. Belén-J. Pereira, «Cerámica a torno con decoración pintada en Andalucía», *Huelva Arqueológica*, VII, 1985, pp. 338-339.

²⁶ Aubet, *Loc. cit.* (n. 8), p. 103; Negueruela Martínez, *Loc. cit.* (n. 22), p. 348.

²⁷ Aubet, *Ibid.*

²⁸ Aubet, *Loc. cit.* (n. 8), p. 85; Eadem, «Aspectos de la colonización fenicia en Andalucía durante el siglo VIII a.C.», *I Congreso...*, cit. (n. 13), vol. 3.º, pp. 816 y 821.

²⁹ Almagro Gorbea, *Loc. cit.* (n. 8), p. 437; cfr. J. Remesal, «Cerámicas orientalizantes andaluzas», *A. Eep. Arq.*, 51, 1978, pp. 155.

³⁰ Gruzinski-Rouvet, *Loc. cit.* (n. 1), p. 181.

autóctonas. Se pasaría de esta forma de unas comunidades originariamente ganaderas y con un escaso desarrollo del sector de actividades secundarias a otras en las que una más acusada diversificación de las funciones económicas incidiría de manera importante en una mayor complejidad y estratificación social así como en el desarrollo de estructuras de carácter más marcadamente urbano³¹. Nuevas técnicas de extracción minera y tratamiento de los minerales junto con progresos en los trabajos metalúrgicos, difusión del conocimiento del hierro y del torno de ceramista, así como adelantos relativos a la construcción y el ordenamiento urbano del espacio habitable, parecen constituir innovaciones fundamentales debidas a la presencia colonial fenicia.

Parece claro que los trabajos de extracción minera sufrieron un importante adelanto a raíz de la introducción de nuevas técnicas aportadas desde Oriente por los colonizadores, pasándose de una explotación extensiva a un aprovechamiento intensivo de los recursos mineros del mundo tartésico³². Otro tanto puede decirse de los trabajos metalúrgicos en los que se ha detectado la presencia de técnicas elaboradas a partir de conocimientos muy específicos, como es el caso de la copelación para la obtención de plata, de la presencia intencional del cinc en las aleaciones, la utilización de tornillos en lugar de remaches o el elevado conocimiento de los procedimientos de fusión y soldadura³³. El problema radica en medir el alcance de estas innovaciones en el seno de la cultura autóctona tartésica.

Con este motivo, puede resultar interesante recordar que las grandes muestras de la metalurgia orientalizante en Tartessos se rarifican extraordinariamente a partir de finales del siglo VI a.C., lo cual ocurre en un momento que coincide con una interrupción del tráfico y las actividades fenicias en el Estrecho³⁴, y ello sugiere una excesiva dependencia del artesanado local, caso de existir, respecto al comportamiento colonial. Este hecho, unido a la inexistencia de una clara tradición metalúrgica anterior en Tartessos plantea serias dudas sobre la viabilidad de una elaboración autóctona de estos objetos³⁵.

Ciertamente parecida es la situación respecto al alcance de la introducción de progresos técnicos relacionados con los trabajos de extracción minera y procesado y limpieza del mineral, si bien en este caso parece implicada una activa participación de los autóctonos en régimen de explotación familiar,

³¹ Aubet, *Loc. cit.* (n. 8), pp. 85 ss.; Wagner, *Loc. cit.* (n. 8), pp. 10 ss.

³² Wagner, *Loc. cit.*, pp. 5 ss.; Garrido Roiz, *Loc. cit.* (n. 21), p. 858.

³³ Aubet, *Loc. cit.* (n. 8), p. 102; Garrido, *Loc. cit.* (n. 14), pp. 40 ss., *idem*, *Loc. cit.* (n. 21), pp. 859 ss., Fernández Jurado, *Loc. cit.* n. 14), p. 223.

³⁴ Aubet, *Loc. cit.* (n. 8), p. 99 y 105; *cfr.*: M. del Amo-M. Belén, «Estudio de un corte estratigráfico en el Cabezo de San Pedro», *Huelva Arqueológica*, V, 1981, p. 138; Pellicer, *Loc. cit.* (n. 14, 1.^a), p. 331. Sobre el carácter de esta crisis: Wagner, *Loc. cit.* (n. 8), pp. 29 ss.; *idem*, «El comercio púnico en el Mediterráneo a la luz de una nueva interpretación de los tratados concluidos entre Cartago y Roma», *Memorias de Historia Antigua*, VI, 1984, pp. 215 ss.

³⁵ Aubet, *Loc. cit.* (n. 8), p. 102.

como sugieren los indicios de que se disponen³⁶. Pese a ello, que responde por lo demás a una lógica división del trabajo propia de un contexto colonial, la minería tartésica parece sufrir una extremada relictización a partir de finales del siglo VI a.C., y de hecho las antiguas explotaciones del S.O. quedan abandonadas o descuidadas en favor de un aprovechamiento más intenso de los recursos de la Alta Andalucía, Sureste y Levante, esto es: del hinterland tartésico.

Por todo ello, si bien aceptadas por los autóctonos, las innovaciones en el campo de la minería introducidas por los colonizadores no parecen haber cristalizado definitivamente en el seno de la cultura local, lo que sugiere también una estrecha dependencia respecto al comportamiento del mundo colonial, sin que la transformación en profundidad de las estructuras de la cultura autóctona creara las bases adecuadas para un desarrollo más autónomo. Pero si la minería tartésica abastecía fundamentalmente la demanda colonial hasta el punto de que cuando ésta decrece aquélla se colapsa, esto equivale a decir que la cultura local no se había transformado tanto en su contacto con los colonizadores como para desarrollar su propio sector vinculado a este tipo de actividades. En otras palabras: la aceptación de todas estas innovaciones técnicas era más bien un postizo cuya utilidad radicaba en que proporcionaba a las élites autóctonas la posibilidad de adquirir una serie de bienes mediante el intercambio con el estamento colonial e incrementar su poder³⁷, pero que carece de sentido y función propia en el seno de la cultura tartésica.

El grado y la rapidez de asimilación del torno de alfarero puede confirmar este carácter superficial del impacto de las innovaciones técnicas traídas por los colonizadores sobre el mundo autóctono. Así, pese a la sencillez de su manejo y a los inmediatos efectos positivos sobre el aumento de la manufacturación, la generalización del torno en este ambiente local es muy tardía y en cualquier caso no se produce antes de entrado el siglo VI a.C.³⁸, lo que obviamente habla en favor de la ausencia de estímulos internos que facilitarían su difusión. Dicho en otros términos: la difusión del torno no se produjo con mayor rapidez y alcance porque no representaba una novedad práctica para las necesidades de las poblaciones autóctonas. Ello parece encajar bien con el carácter doméstico o familiar de su economía que impone unos límites a la producción y determina la ausencia de una demanda significativa de bienes y servicios³⁹.

³⁶ A. Blanco-J. M. Luzón-D. Ruiz, *Excavaciones arqueológicas en el Cerro Salomón (Riotinto, Huelva): Anales de la Universidad Hispalense*, 4, Sevilla, 1970, p. 13; M. Belén-M. Fernández Miranda-J. P. Garrido, «Los orígenes de Huelva. Excavaciones en los Cabezos de San Pedro y la Esperanza», *Huelva Arqueológica*, III, 1977, p. 373; Aubet, *Loc. cit.* (n. 8), p. 93.

³⁷ S. Frankenstein, «The Phoenicians in the Far West: a Function of Neo-Assyrian Imperialism», *Mesopotamia*, 7, 1979, p. 284 ss.; Wagner, *Loc. cit.* (n. 8), pp. 12 ss.

³⁸ Aubet, *Loc. cit.* (n. 8), p. 104; ídem, *Op. cit.* (n. 16), p. 99. J. M. Blázquez-J. Valiente, «Asimilación de estímulos coloniales en las cerámicas del poblado de la Muela de Castulo», *Huelva arqueológica*, VI, 1982, p. 189.

³⁹ Wagner, *Loc. cit.* (n. 8), p. 11 y 13; vid: M. D. Sahlins, *Las sociedades tribales*, Barcelona, 1977, pp. 77-78 y 122.

Otro tanto puede decirse en relación a la introducción del conocimiento y uso del hierro, metal que continuará estando muy escasamente representado en los yacimientos tartésicos y cuya generalización en el ámbito de la cultura local no se produce, como es bien sabido, hasta un momento muy posterior. De hecho, la aparición poco frecuente de algunos materiales de hierro, como pueden ser los cuchillos afalcatados, en contextos funerarios autóctonos⁴⁰ avala su carácter de objetos suntuarios o bienes de prestigio, confirmando así su no muy amplia distribución.

Parece, por todo lo dicho anteriormente, que el alcance del impacto procedente de la cultura colonial sobre el contexto de la cultura material del mundo tartésico fue ciertamente limitado, o que en su caso no llegó a provocar transformaciones cualitativas en éste como para favorecer la aparición de condiciones que propiciaran una auténtica integración cultural de los diversos elementos formales y técnicos que conformaban dicho influjo. Ello fue sin duda debido a que, aunque aceleró ciertamente el ritmo de la evolución de todas estas comunidades autóctonas diversificando las pautas económicas y los comportamientos sociales⁴¹, la presencia colonial no cristalizó, como cabría sospechar y más de una vez se ha defendido, en una definitiva urbanización de la cultura local tartésica.

Cierto es que en este campo también se pueden apreciar la existencia de influencias y estímulos externos procedentes del entorno colonial, pero su alcance se revela igualmente limitado. Por lo que sabemos, las estructuras de hábitat propias de los poblados autóctonos del Bronce Final pre-orientalizante presentan un carácter marcadamente pre-urbano señalado por la presencia generalizada de cabañas de planta circular construidas con adobes y cantos de piedra⁴². Sobre este panorama inciden, como en Setefilla, Cerro Salomón, Cerro Macareno, Quemados o Carambolo Bajo, la presencia de influencias relativas bien a las técnicas de construcción, con muros de manpostería cuidadosamente enlucidos, bien a la planta de las casas que ahora se torna rectangular y en ocasiones se pavimenta con mosaicos de guijarros⁴³.

Aún así, todo este desarrollo arquitectónico y la ordenación urbana del

⁴⁰ M. E. Aubet, «La necrópolis de Setefilla (Lora del Río, Sevilla): el túmulo A», *Andalucía y Extremadura*, Barcelona, 1981, p. 145.

⁴¹ Aubet, *Loc. cit.* (n. 8), p. 99 y 105; Wagner, *Loc. cit.* (n. 8), p. 10-14.

⁴² Aubet, *Loc. cit.*, pp. 88-89; idem, *Op. cit.* (n. 16), pp. 77 y 85. D. Ruiz Mata, «El poblado metalúrgico de época tartésica de San Bartolomé (Almonte, Huelva)», *MM*, 22, 1981, pp. 155-166; idem; «Las cerámicas fenicias del Castillo de Doña Blanca», *Aula orientalis*, IV, 1985, p. 242. M. Pellicer-M. Hurtado, *El poblado metalúrgico de Chínflón (Zalamea la Real, Huelva)*, Sevilla, 1980, p. 18; Pellicer, *Loc. cit.* (n. 14, 1.^a), p. 327; idem, *Loc. cit.* (n. 14, 2.^a), p. 831; Fernández Miranda, *Loc. cit.* (n. 14), p. 849.

⁴³ Aubet, *Loc. cit.* (n. 8), p. 92; A. Blanco-J. M. Luzón, «Pre-Roman Silver Miners at Riotinto», *Antiquity*, 43, 1969, pp. 124 ss.; D. Ruiz Mata-J. M. Blázquez-J. C. Martínez de la Cruz, «Excavaciones en el Cabezo de San Pedro (Huelva). Campaña de 1978», *Huelva Arqueológica*, V, 1981, p. 259; J. M. Blázquez-M. P. García-Gelabert-F. López Pardo, *Castulo V: E. Arq. Esp.*, 140, 1985, pp. 237-238 ss.; cfr.: O. Arteaga, «Problemática general de la iberización en Andalucía Oriental y en el Sudeste de la península», *Ampurias*, 38-40, 1976-1978, p. 40; Wagner, *Loc. cit.* (n. 8), p. 14.

espacio habitado que normalmente conlleva no llegó a cristalizar de un modo definitivo y así, tras un período de expansión y apogeo proto-urbano que se encontraba, según parece, en una fase avanzada en torno al 600 a.C., se produce un importante retroceso durante el siglo VI a.C., teniendo que esperar a la época ibérico-turdetana para asistir al nacimiento de una sociedad urbana propiamente dicha⁴⁴. Ello es así porque el urbanismo, al margen de las técnicas específicas de construcción y las normas de ordenamiento del espacio, obedece a determinados estímulos de las estructuras económicas, sociales y políticas que, activadas en Tartessos a raíz de la presencia colonial, sufrieron posteriormente un colapso relacionado seguramente con la interrupción del tráfico y las actividades fenicias durante el siglo VI a.C.⁴⁵.

2. Manifestaciones de la cultura conductual

Es en el terreno de las manifestaciones relacionadas con las formas de expresión y creación, con las creencias y el comportamiento, donde se plantea el mayor grado de complejidad a la hora de valorar los vestigios que de su existencia han quedado. Dicha complejidad tiene mucho que ver con el conocimiento parcial y a todas luces insuficiente del contexto al que tales vestigios remiten.

a) *Rituales y prácticas funerarias*: generalmente consideradas como el estamento más conservador de la esfera ideológica de cualquier sociedad o cultura, su grado de transformación ante el influjo colonial puede servirnos de instrumento para calibrar el alcance del proceso de aculturación. En este sentido, lo primero que llama la atención en el estudio de los sistemas funerarios presentes en las necrópolis tartésicas orientalizantes es la extraordinaria complejidad de los rituales detectados, caracterizada por la gran diversidad de elementos y prácticas que los integran⁴⁶. En síntesis, se aprecia la introducción de la incineración en necropolis como las de La Joya, Los Alcores, Cruz del Negro, Setefilla y Medellín, asociada en ocasiones a enterramientos en túmulos, mientras que las inhumaciones perviven y que, en general, los enterramientos más suntuosos y monumentales, como la tumba 17 de la Joya o los túmulos H y A de Setefilla, pertenecen a este tipo, mientras que, por lo común, las incineraciones son manifiestamente más pobres⁴⁷. No existen dudas de que en gran parte este rito funerario de

⁴⁴ Aubet, *Loc. cit.* (n. 8), pp. 100 y 105; idem, *Op. cit.* n. 16), p. 140. Del Amo-Belén, *Loc. cit.* (n. 34), p. 138.

⁴⁵ Aubet, *loc. cit.*, pp. 99 y 105; Wagner, *loc. cit.* (n. 8), pp. 28 ss.; cfr.: J. Ramón, *Ibiza y la circulación de ánforas fenicias y púnicas en el Mediterráneo Occidental: Trabajos del Museo Arqueológico de Ibiza*, 5, 1981, pp. 35 y 41.

⁴⁶ Aubet, *Loc. cit.* (n. 8), p. 94 y 96; idem, *Op. cit.* (n. 16), p. 86, cfr.: Garrido-Roiz, *loc. cit.* (n. 21), pp. 858-859.

⁴⁷ J. P. Garrido, *Excavaciones en la necrópolis de La Joya (Huelva): E. Arq. Esp.*, 71, 1971, pp. 21-36 y 39-66; Aubet, *Loc. cit.* (n. 40), pp. 65 ss., 155-157 y 159; Idem, *loc. cit.* (n. 8), pp. 96-98.

incineración procede de la cultura colonial fenicia, la cual presenta prácticas similares y analogías muy estrechas, no sólo en su entorno circunmediterráneo, sino en el propio Oriente⁴⁸. Sin embargo, estas incineraciones tartésicas y el ritual que las caracteriza no guardan relación muy estrecha con las incineraciones fenicias de la Península, como aquellas de Almuñecar y Trayamar⁴⁹, lo que plantea nuevamente el problema de la localización del foco aculturador que, obviamente, no puede ser sin más identificado con aquéllas.

Algo similar se advierte también en la presencia de determinados objetos que, como los denominados «braserillos» o los jarros piriformes, caracterizan parte importante del ritual funerario tartésico orientalizante, pero que, por el contrario, no son propios de las prácticas funerarias presentes en los asentamientos coloniales peninsulares. Por ello, la incorporación de estos elementos a las manifestaciones funerarias de los autóctonos no obedece tanto a una profunda aculturación que implicaría grandes transformaciones en el contexto ideológico, como a veces se afirma⁵⁰, sino a una reinterpretación que, aunque no deja de ser un mecanismo de aculturación, integra tales elementos en la cultura local de acuerdo con sus propios valores y tradiciones.

Paralelamente se presentan otros problemas de interpretación, como el que se produce en torno al significado de la inhumación y la incineración. La primera, sobre todo aquélla que aparece asociada a los grandes túmulos, que en ocasiones encierran cámaras de tipología púnica, se considera como manifestación de una pervivencia local relacionada con los antiguos enterramientos de inhumación en cista con estela decorada del Bronce Final preorientalizante, rasgo que sería propio del arraigo de las viejas tradiciones funerarias familiares en los notables personajes allí enterrados; mientras que por el contrario el resto de la población, fundamentalmente incineradora, aparecería más alejada de las antiguas costumbres y más proclive a asimilar influencias actuales⁵¹. Claro está que esta interpretación es incompatible con aquella otra que, ante la evidencia propuesta por los restos de la cultura material, defiende un mayor impacto del influjo colonial sobre las élites locales, mientras que el resto de la población habría permanecido pasiva ante el cambio cultural⁵². A no ser que se considere también como ciertamente superficial el alcance de los préstamos culturales que afectaron a estas élites

⁴⁸ G. Vuillemot, «La necropole punique du phare dans l'île Rachgoum (Oran)», *Libyca*, 3, 1955, pp. 46 ss.; V. Tusa, «La necropoli arcaica e adiecenze», *Mozia VII: Studi Semitici*, 40, 1972, pp. 43 ss.; R. Saidah, «Fouilles de Khaldé. Rapport préliminaire sur la première et deuxième campagnes (1961-1962)», *Bulletin de Musée de Beyrouth*, XIX, 1966, p. 85; C. N. Johns, «Excavations at Pilgrim's Castle, Atlit (1933). Cremated burial of phoenician origin», *Quarterly of Department of Antiquities in Palestina*, t. 6, 1938, p. 135; cfr.: A. Tejera Gaspar, *Las tumbas fenicias y púnicas del Mediterráneo Occidental*, Sevilla, 1979, pp. 53 ss.

⁴⁹ Aubet, *Loc. cit.* (n. 8), p. 97; Fernández Miranda, *loc. cit.* (n. 14), p. 855; Garrido Roiz, *loc. cit.* (n. 21), p. 862.

⁵⁰ Almagro Gorbea, *Loc. cit.* (n. 8), p. 447.

⁵¹ Aubet, *Loc. cit.* (n. 40), pp. 159-160; cfr.: Pellicer, *Loc. cit.* (n. 14, 1.^a), p. 327.

⁵² Aubet, *Loc. cit.* (n. 8), p. 99.

autóctonas, lo que por otra parte armoniza bien con el significado general de bienes de prestigio propio de los productos y elementos orientalizantes que dichos préstamos definen.

Pero, en cualquier caso, los problemas subsisten, puesto que abordar la interpretación de la distinción entre los rituales de inhumación e incineración desde un criterio de diferenciación social conlleva otras dificultades anejas, como el explicar los casos detectados en donde inhumación e incineración se presentan asociadas en enterramientos mixtos, como ocurre en La Joya o en Setefilla, y que parecen sugerir más que una diferenciación social, la evidencia de mezcla étnica. Además, estas incineraciones tartésicas son muy tempranas, estando documentadas desde comienzos del siglo VII a.C.⁵³, lo que plantea otra dificultad adicional para pensar en términos de una aculturación profunda, puesto que de ser esto así el impacto de la cultura colonial habría incidido con mayor celeridad en la transformación de aquellas pautas de comportamiento que precisamente se manifiestan en todas partes menos proclives al cambio y, por consiguiente, más conservadoras, mientras que habría afectado con mayor lentitud otros aspectos menos reacios a cambiar, todo lo cual presenta un cuadro escasamente convincente. A no ser que tengamos en cuenta la posibilidad de la existencia de un sustrato autóctono incinerador, presumiblemente caracterizado en estas necrópolis tartésicas por la presencia de incineraciones bajo túmulos, elementos éstos eminentemente meridionales y que constituyen una prolongación de los sistemas funerarios de la Edad del Bronce⁵⁴. Dicho sustrato actuaría entonces como un elemento que facilitaría la integración de la incineración procedente del entorno colonial mediante una reinterpretación de ésta por lo que no cabría hablar, en realidad, de un fuerte impacto aculturador.

Esta última interpretación, además de resultar más acorde con los índices de aculturación observados en otros campos de la cultura local, como es la asimilación de novedades formales e innovaciones técnicas, armoniza los elementos aparentemente contrapuestos presentes en los sistemas funerarios del orientalizante tartésico y los introduce en un contexto cultural en el que la presencia de influencias coloniales no elimina importantes pervivencias del mundo local⁵⁵.

b) *Cultos y divinidades*: se habla también frecuentemente de la profunda influencia ejercida por los cultos y las divinidades traídas de Oriente por los colonizadores sobre el universo espiritual de los autóctonos. Según este punto de vista, se habría producido una profunda transformación en el ámbito

⁵³ Aubet, *Loc. cit.* (n. 8), p. 97; Eadem, *Loc. cit.* (n. 40), pp. 153 ss.

⁵⁴ Aubet, *Loc. cit.* (n. 8), p. 95.

⁵⁵ Estas pervivencias que, en cualquier caso, no pueden ser relacionadas con las prácticas funerarias coloniales se aprecian, por ejemplo, en las inhumaciones en posición fetal (cfr.: n. 14), aquellas otras en posición violenta (cfr.: Garrido Roiz, *Loc. cit.* [n. 21], p. 860), o en la continuidad de la tradición funeraria de cistas y estelas (cfr.: Aubet, *Loc. cit.* [n. 40], pp. 64-65 y 160; Wagner, *Loc. cit.* [n. 8], p. 22).

ideológico local⁵⁶, paralela a la que la evidencia material señalaría supuestamente sobre otras esferas de actividad y conducta. Hemos visto, sin embargo, que en esos otros terrenos el impacto no fue tan profundo como en muchas ocasiones se había sospechado, lo que en principio supone un grave impedimento a la hora de considerar la existencia de cambios en profundidad dentro de la vertiente religiosa local.

De hecho, los vestigios materiales que se han venido utilizando para defender tal postura no avalan ni mucho menos una consideración semejante. Evidencia epigráfica procedente del contexto autóctono no poseemos ninguna, ni cabe tener muchas esperanzas, por lo que más adelante veremos, de que la encontremos en el futuro relativa a este período. Tampoco hay evidencia de ningún tipo de santuario local que diera cobijo a manifestaciones religiosas procedentes del entorno colonial a excepción quizás del que parece haber sido detectado en Cástulo sobre una estructura previa de origen autóctono y que, en cualquier caso, podría corresponder a la presencia de una pequeña comunidad fenicia en esta localidad⁵⁷; o el que sugiere Blanco en relación con el fondo de cabaña del Carambolo, yacimiento que ha proporcionado también la famosa Astarté⁵⁸.

Por lo demás, se ha hecho una utilización abusiva de los materiales que supuestamente indicarían la existencia de profundas influencias coloniales sobre el espectro ideológico autóctono. Así, utilizar los relieves de Pozo Moro como documentos de la penetración de la religión colonial en el ámbito local⁵⁹, significa no tener en cuenta una consideración tan importante como es el hecho de que, si bien su pertenencia a un contexto funerario es evidente, monumentos de este tipo, por su propia funcionalidad al resaltar el rango del difunto, adquieren connotaciones de bienes de prestigio, y un carácter marcadamente público que convierte en escaso su significado cultural por lo que implican generalmente un impacto muy superficial⁶⁰. Asimismo, la utilización de materiales que combinan híbridamente elementos religiosos con otros de carácter puramente ornamental, como la sortija de la Aliseda o el anillo y el sello de Cádiz, por poner un ejemplo⁶¹, significa no tener en cuenta su carácter específico de objetos suntuosos u ornamentales, y en algunos casos su dudosa adscripción a un ambiente autóctono, por lo que no son en modo alguno representativos de la religiosidad del que los posee; y es por otra parte extremadamente peligrosa, ya que se vincula una vez más a un

⁵⁶ Blázquez, *Loc. cit.* (n. 13), p. 313; Almagro Gorbea, *Loc. cit.* (n. 8), pp. 447-448; M. C. Marín Ceballos, «Documentos para el estudio de la religión fenicio-púnica en la Península Ibérica. II: Deidades masculinas», *Habis*, 10-11, 1979-1980, p. 217.

⁵⁷ Blázquez-García Gelabert-López Pardo, *Op. cit.* (n. 43), pp. 241 ss.

⁵⁸ A. Blanco, «La ciudad Antigua», *Historia de Sevilla*, Sevilla, 1979, pp. 95-96.

⁵⁹ Almagro Gorbea, *Loc. cit.* (n. 8), p. 448; Marín Ceballos, *Loc. cit.* (n. 56), pp. 219, y 221-222.

⁶⁰ Gruzinski-Rouvet, *Loc. cit.* (n. 1), p. 181.

⁶¹ Marín Ceballos, *Loc. cit.* (n. 56), pp. 218 y 224; Eadem, «Documents pour l'étude de la religion phénico-punique dans la péninsule ibérique: Astarté», *Actes du deuxième Congrès International d'étude des Cultures de la Méditerranée Occidentale*, II, Alger, 1978, pp. 21.

género de argumentación acumulativa que no considera el distinto grado de información que contienen los materiales empleados que, extraídos artificialmente de su propio contexto, son uniformemente considerados⁶².

No se pretende con todo esto negar la más que pausable existencia de influencias diversas procedentes de la religión colonial en la cultura tartesia, que el simple vecindaje habría facilitado seguramente por vía del sincretismo y la reinterpretación, sino tan sólo llamar la atención sobre errores metodológicos que enturbian nuestra comprensión del proceso aculturador e impiden evaluar correctamente la verdadera incidencia del entorno colonial sobre la transformación del universo ideológico local. No estará de más recordar como frecuentemente se olvida que la religión con la que el mundo tartésico entra en contacto es, principalmente, una religión urbana, mientras que ese mismo mundo tardó, según parece, un tiempo apreciable en urbanizarse. Evidentemente esto implicaba diferencias profundas de contenido religioso más allá del carácter de tal o cual divinidad.

c) *Escritura y lengua*: ya que existe un amplio consenso sobre la procedencia colonial de la denominada escritura tartésica, resultará interesante observar su grado de asimilación por parte del elemento autóctono. La existencia de este préstamo cultural, al margen de la compleja discusión sobre sus orígenes específicos⁶³, se viene en ocasiones considerando como síntoma de una importante transformación en el ámbito cultural tartésico. Así, por ejemplo, la presencia de fórmulas escritas en las estelas funerarias del S.O. ha sido interpretada como expresión de un cambio radical del ritual funerario con las transformaciones ideológicas que esto conlleva⁶⁴, sin advertir que tales fórmulas, que tienden a repetirse mecánicamente, pueden estar probablemente caracterizando un aspecto tradicional mediante el empleo de una nueva técnica de expresión, lo que eliminaría la realidad del cambio mental aducido⁶⁵.

Quiere esto decir que es del todo necesario establecer una distinción acerca del valor que este préstamo cultural supone en virtud de sus distintas formas de uso: instrumento de prestigio, medio de cálculo, elemento religioso

⁶² Es sumamente importante, a este respecto, evaluar el distinto grado de información que pueden proporcionar los distintos tipos de documentos; en este sentido: J. Alvar, «El culto de Isis en Hispania», *La religión romana en Hispania*, Madrid, 1981, pp. 314-315; Idem y C. G. Wagner, «El culto de Sarapis en Hispania», *Ibid.*, pp. 326-327; J. C. Bermejo Barrera, «Los objetos y los mitos. Consideraciones acerca del valor de la iconografía como fuente para el estudio de la difusión cultural en el mundo antiguo», *Ibid.*, pp. 429-437. Parece, por tanto, que la iconografía posee un valor muy limitado como fuente para el análisis en torno a la difusión de cultos, sobre todo cuando supone el traspaso de una imagen de una cultura a otra diferente a ella (Bermejo Barrera, *Loc. cit.*, p. 436).

⁶³ Garrido Roiz, *Loc. cit.* (n. 21), p. 861; Blázquez, *Loc. cit.* (n. 13), p. 314; J. de Hoz, «Escritura e influencia clásica en los pueblos prerromanos de la península», *A. E. Arq.*, 52, 1979, p. 227 ss., ídem; «Escritura fenicia y escrituras hispánicas. Algunos aspectos de la relación, *Aula orientalis*, IV, 1986, pp. 73 ss.

⁶⁴ M. Almagro Gorbea, *El Bronce Final y el período orientalizante en Extremadura*, Madrid, 1977, p. 276.

⁶⁵ Wagner, *Loc. cit.* (n. 8), p. 22.

y mágico, marca de propiedad, etc.⁶⁶, ya que cada una de estas diversas utilizaciones implica un significado cultural distinto y por consiguiente un alcance diverso en relación a su adopción por la cultura local. Y por lo que sabemos, las manifestaciones de la escritura tartésica se reducen a la existencia de grafitos sobre cerámicas y a las mencionadas inscripciones funerarias⁶⁷, sin que se conozca hasta el momento documento alguno que avale una utilización más amplia de la escritura, relacionada bien con el ámbito político-administrativo, bien con el literario. Ello significa que la penetración de la escritura de procedencia colonial en Tartessos fue ciertamente superficial, ya que de hecho se limita en la práctica a aquellos aspectos que, como señala De Hoz, entrañan una función marcadamente pública y que, por lo tanto, llamarían mucho más poderosamente la atención de los autóctonos que otros usos más sofisticados y más dependientes de las peculiaridades internas, políticas y administrativas, de la cultura colonial⁶⁸.

Pero además, la escritura tartésica sirve de soporte para una lengua local que, si bien es probable que recibiera préstamos condicionados por el contacto lingüístico con los colonizadores, préstamos que en cualquier caso no estamos en condiciones hoy por hoy de evaluar, no fue en modo alguno desplazada por la lengua de aquéllos, sino que se perpetuó durante mucho tiempo conectando, según parece, con la época íbero-turdetana⁶⁹. Merece la pena destacar en toda su dimensión el significado de este hecho, ya que, como es sabido, el cambio lingüístico implica una pareja transformación de las estructuras mentales por lo que la pervivencia de la propia lengua constituye el síntoma más relevante del carácter parcial, superficial o moderado de la aculturación y es, al mismo tiempo, un signo de la vitalidad de la cultura local⁷⁰.

Se me ocurre, por consiguiente, que la adopción de la escritura colonial por parte de los miembros de la cultura autóctona, adopción limitada a unos usos muy específicos —marcas de propiedad, epígrafes funerarios y reducida en la práctica a una minoría— se muestra acorde con la utilidad real que un instrumento como éste puede tener en el seno de una cultura que se caracteriza por la existencia de prácticas político-administrativas escasamente desarrolladas, y se asemeja más a un proceso de difusión cultural similar, aunque de menor alcance, al que en otros lugares del entorno circunmediterráneo, como Grecia o Etruria, permitió la adaptación de un alfabeto ajeno a la propia lengua, que a un auténtico fenómeno de aculturación^{70b}.

⁶⁶ Gruzinski-Rouvet, *Loc. cit.* (n. 1), p. 191.

⁶⁷ De Hoz, *Loc. cit.* (n. 63), p. 228.

⁶⁸ De Hoz, *Loc. cit.*, *ibid.*

⁶⁹ Estrabón, III, 1, 6.

⁷⁰ Gruzinski-Rouvet, *Loc. cit.* (n. 1), pp. 191-192; cfr: Morel, *Loc. cit.* (n. 11), p. 132.

^{70b} Cfr.: De Hoz, *Loc. cit.* (n. 63), p. 228.

VI. Agentes de aculturación y formas de contacto

Ante los resultados obtenidos del análisis de la documentación se plantea una constatación doblemente sorprendente: por una parte, la asimilación de los elementos e influencias procedentes del entorno colonial por los autóctonos tartesios es un fenómeno ciertamente tardío en comparación con la aparición durante el siglo VIII a.C. de los primeros asentamientos fenicios conocidos arqueológicamente como Toscanos, Chorreras y Morro de Mezquitilla, si bien la fundación de Gadir parece aún anterior⁷¹. Por otro lado, los elementos formales que caracterizan tales influencias parecen proceder, según todos los indicios, de un contexto ciertamente colonial pero distinto del que integran los asentamientos vinculados al Círculo del Estrecho. Es pausable por lo tanto que una misma explicación pueda dar respuesta satisfactoria a estos dos interrogantes.

1. Agentes aculturadores externos.

Aunque recientemente han visto la luz algunos intentos de atribuir la primacía del contacto colonial con Tartessos a elementos procedentes del Egeo, desenterrando en cierto modo antiguas teorías hoy por hoy francamente minoritarias^{71b}, parece a la vista de todos los testimonios que el componente helénico es posterior en el mediodía peninsular a la presencia estable de los fenicios, entendiendo este último término en un sentido amplio que abarca un espectro más extenso que los habitantes de Tiro o de Sidón⁷².

Dicho esto, habría que hacer en principio una consideración relativa al componente demográfico y socio-cultural de los colonizadores, consideración que da paso a la cuestión de la diversidad que integra el estamento colonizador⁷³. Respecto a ello cabe recordar que ya ha sido advertida «la diversidad de ambiente y procedencia de estos colonos orientales que parece reflejar sus necrópolis»⁷⁴. Se ha pasado por alto, sin embargo, hasta el momento algo tan evidente como es el que esta misma diversidad implica seguramente distintas formas de comportamiento dentro del ámbito colonial, y así se caracteriza habitualmente la presencia fenicia en la Península de

⁷¹ Aubet, *Loc. cit.* (n. 28, 2.^a), pp. 815 ss.

^{71b} M. Bendala Galán, «Notas sobre las estelas decoradas del Suroeste y los orígenes de Tartessos», *Habis*, 8, 1977, pp. 177-205; ídem, «Las más antiguas navegaciones a España y los orígenes de Tartessos», *A. E. Arq.*, 52, 1979, pp. 33-38; cfr.: Garrido Roiz, *Loc. cit.* (n. 21), pp. 861-863.

⁷² B. B. Shefton, «Greeks and Greek Imports in the South of the Iberian Peninsula. The archaeological evidence», *Phönizier im Westen: Madrider Beiträge*, 8, 1982, pp. 342 ss.; J. M. Blázquez, «Las liras de las estelas hispanas de finales de la Edad del Bronce», *A. E. Arq.*, 66, 1983, pp. 213 ss.; Wagner, *Loc. cit.* (n. 8), p. 6, n. 14; Maluquer de Motes, *Loc. cit.* (n. 14), p. 205, en torno a la supuesta colonización rodia: C. G. Wagner, *Loc. cit.* (n. 9).

⁷³ Cfr.: Gruzinski-Rouveret, *Loc. cit.* (n. 1), p. 173.

⁷⁴ Negueruela Martínez, *Loc. cit.* (n. 22), p. 350; Garrido Roiz, *Loc. cit.* (n. 21), p. 857.

acuerdo con un modelo colonial único integrado por una serie de asentamientos establecidos en el litoral en función, cabría pensar, de los intereses de Gadir. Estos asentamientos fenicios, ubicados según parece en un ambiente geográfico con escasa presencia del elemento autóctono, constituyen por lo general fundaciones de nueva planta a las que se asigna una misión principalmente comercial, amén de logística⁷⁵. De acuerdo con ello, serían fundamentalmente los comerciantes y los artesanos los principales agentes externos de la aculturación, que iría fundamentalmente dirigida hacia las élites locales debido a su papel de interlocutores con los nolonos fenicios, y en este sentido se ha señalado incluso la muy probable existencia de un foco de metalúrgicos orientales establecido en Huelva y principal responsable del impacto orientalizante en la zona⁷⁶.

Pero lo curioso de este modelo colonial es que se desarrolla de forma preferente en una área, el litoral mediterráneo andaluz, que no acusa un impacto cultural semejante al que caracteriza el S.O. tartésico⁷⁷ —Huelva y el Valle del Guadalquivir— donde, pese a la inexistencia de asentamientos coloniales sobre la costa atlántica andaluza, a excepción claro está de la metrópoli colonial, Gadir, el influjo orientalizante se muestra con mucho mayor vigor. Además, los elementos culturales —tipologías cerámicas, ritos funerarios, etc.— que caracterizan los asentamientos fenicios que componen este modelo colonial no son los mismos que definen el orientalizante tartésico, al tiempo que elementos tan característicos del S.O. como pueden ser los marfiles están prácticamente ausentes en este contexto colonial. Pero si se admite una vinculación entre Gadir y los asentamientos fenicios de la costa mediterránea no resulta fácil atribuir a ésta la penetración de dichos elementos orientalizantes en el contexto tartésico. Por si fuera poco existen indicios fiables de una fuerte decadencia de estos centros coloniales, algunos de los cuales llegaron incluso a desaparecer, durante el siglo VI a.C.⁷⁸, justo el periodo en que parece producirse la asimilación final de los préstamos culturales externos por el sustrato autóctono local tartésico.

Todo ello impide establecer por las buenas una conexión estricta entre este modelo colonial y el orientalizante tartésico, y plantea serias dudas acerca de la verdadera procedencia de los influjos culturales externos, lo que ha llevado a pensar en la existencia de talleres fenicios arcaizantes localizados en el interior, en estrecho contacto con el elemento autóctono y responsables de la difusión de una serie de manifestaciones culturales —formas cerámicas, marfiles, etc.— que son como se ha dicho francamente infrecuentes en los

⁷⁵ Aubet, *Loc. cit.* (n. 28), pp. 815-816; B. W. Treumann, «Mainake-originally a Phoenician place-name?», *Habis*, 10-11, 1979-1980, p. 306; Pellicer, *Loc. cit.* (n. 14, 1.º), pp. 313-314; Fernández Miranda, *Loc. cit.* (n. 14), p. 855.

⁷⁶ Garrido, *Loc. cit.* (n. 14), pp. 39 ss.; cfr.: Aubet, *Loc. cit.* (n. 8), p. 102.

⁷⁷ Aubet, *Loc. cit.* (n. 8), p. 84; cfr.: Garrido Roiz, *Loc. cit.* (n. 21), p. 857. H. G. Niemeyer, «El yacimiento fenicio de Toscanos: urbanística y función», *Aula orientalis*, III, 1985, p. 120.

⁷⁸ H. G. Niemeyer, «A la búsqueda de Mainake: el conflicto entre los testimonios arqueológicos y escritos», *Habis*, 10-11, 1979-1980, p. 284; cfr., nota 34.

asentamientos coloniales del litoral⁷⁹. Este parece ser el camino correcto, con el que se abren serias perspectivas de un comportamiento colonial diversificado y en todo caso habría que poner también en relación con ello la divergencia observada entre el ritual funerario de las necrópolis orientalizantes tartésicas y el propio de los centros coloniales del litoral, de tal modo que a medida que avanzamos desde este nuevo enfoque se va haciendo patente la sospecha de un segundo modelo colonial no considerado hasta el presente.

Ha sido la excesivamente esquemática caracterización del proceso colonizador fenicio en el Mediterráneo por oposición al griego el factor en buena medida responsable de que esta colonización interior no haya sido percibida antes. Pero ya hace una década que Whittaker ha mostrado, en un trabajo que por cierto ha tenido una escasa incidencia en la historiografía hispana, la inconsistencia de tal punto de vista, destacando la complejidad de problemática y comportamiento y la diversidad de actuación que implica la colonización fenicia y que va más allá de los simples intereses comerciales⁸⁰. De esta forma, tras un período de contactos precoloniales de carácter estrictamente comercial, se inicia la etapa de colonización, determinada en parte por un problema de índole demográfica de amplias repercusiones sociológicas, y que presenta una mezcla de intereses que abarca desde el aprovechamiento de los recursos mineros hasta la explotación agraria.

Desde esta óptica que introduce la seria posibilidad de distintas formas de comportamiento colonial, o si se prefiere: de un comportamiento colonial mucho más complejo y variado de lo que hasta ahora se venía considerando, se comprende mejor la penetración de influencias culturales de origen externo en el ámbito de la cultura local tartésica, ya que nos permite diferenciar un segundo modelo colonial del que algunas de sus manifestaciones específicas, ante la rigidez de los esquemas aplicados, quedaban integradas en confusa mezcla con otras originadas por la tradición autóctona. Así, pretender que una necrópolis como Cruz del Negro, que se caracteriza por un ritual funerario y unos materiales que denuncian de forma evidente «un ambiente puramente fenicio»⁸¹, aunque con escasa relación con prácticas similares documentadas en los asentamientos fenicios de la costa, y con algunos elementos, como las urnas o ánforas globulares y los marfiles, que son extraños allí, pertenezca a la cultura autóctona local⁸², y afirmar al mismo tiempo que en idéntico contexto «los sistemas funerarios y las tradiciones ideológicas, que durante el período orientalizante entran en una auténtica fase de transición o desintegración, no se van básicamente afectados por la influencia fenicia»⁸³, plantea una grave contradicción que dificulta a todas luces la comprensión del proceso aculturador.

⁷⁹ Aubet, *Loc. cit.* (n. 8), pp. 100-104.

⁸⁰ Whittaker, *Loc. cit.* (n. 7), *passim*.

⁸¹ Jully, *Loc. cit.* (n. 22), p. 386; M. E. Aubet, «La cerámica a torno de la Cruz del Negro (Carmona, Sevilla)», *Ampurias*, 38-40, 1976-1978, p. 270; Whittaker, *Loc. cit.* (n. 7), p. 61.

⁸² Aubet, *Loc. cit.* (n. 81), p. 270.

⁸³ Aubet, *Loc. cit.* (n. 8), p. 106.

Por el contrario, hay suficientes indicios para integrar esta necrópolis en un segundo modelo colonial. Y si se afirma, como ya se ha visto, que las incineraciones tartésicas tienen poco que ver con los sistemas funerarios documentados en los yacimientos fenicios de la costa, no es menos cierto que contamos con una excepción: la necrópolis de Frigiliana que se vincula tanto por su ritual como por sus materiales más con el ambiente cultural del S.O. tartésico que con el restante entorno colonial⁸⁴. Pero esta necrópolis del litoral malagueño tiene una réplica bastante aproximada en Cruz del Negro, cuya caracterización de yacimiento tartésico merece una revisión más detenida. Así, no se puede emplear el ritual funerario de ésta para defender su carácter autóctono local, como hace Aubet⁸⁵, por dos motivos fundamentales: en primer lugar porque está bien documentada la procedencia colonial de este tipo de incineración que además de en Oriente conocemos en Motya, Cartago, Rachgoum, y, aunque en mucha menor medida, en Almuñécar⁸⁶. Y en segundo término porque este ritual se presenta en Cruz del Negro con un mayor grado de pureza que en otras necrópolis de incineración del área tartésica donde se produce una amalgama de elementos como la presencia de túmulos, cámaras funerarias o la existencia conjunta de inhumaciones. Del mismo modo, atribuir el crecido número de importaciones fenicias que caracteriza a esta necrópolis a «un alto poder de adquisición por parte de la población local, que contrasta con otros núcleos vecinos relativamente más pobres, como los Alcores y Setefilla»⁸⁷, significa no tener en cuenta que, según parece, los enterramientos tartésicos más suntuosos suelen corresponder, por lo general, al rito de inhumanación frecuentemente asociado a cámaras y túmulos monumentales, mientras que por el contrario las incineraciones suelen presentarse mucho más modestas.

Todo esto más que integrar, particulariza la necrópolis de Cruz del Negro de los restantes yacimientos tartésicos conocidos, ante lo cual la presencia de cerámica a mano de tradición autóctona en no muy amplia proporción no tiene más valor que el de hallazgos semejantes en un contexto claramente colonial, como Toscanos o la propia Frigiliana⁸⁸. Por último, algunos objetos metálicos en ella presentes, como los broches de cinturón, han sido

⁸⁴ A. Arribas-J. Wilkins, «La necrópolis fenicia del Cortijo de las Sombras (Frigiliana, Málaga)», *Pyrenae*, 5, 1969, pp. 185 ss., cfr.: Aubet, *Loc. cit.* (n. 40), p. 154; ídem, *Loc. cit.* (n. 81), pp. 268 y 281-282.

⁸⁵ Vid: nota 82; esta misma autora afirma, no obstante, que es precisamente el ritual funerario lo que caracteriza a Cruz del Negro «en contraste con las demás necrópolis descubiertas por Bonsor en la zona de Los Alcores» (*ibid.*, p. 268).

⁸⁶ P. Cintas, *Manuel d'archéologie punique*, II, Paris, 1976, pp. 292 ss.; H. Benichou-Safar, *Les tombes puniques de Carthage*, Paris, 1982, pp. 342 ss.; F. Molina Fajardo, «La necrópolis fenicio-púnica de Almuñécar», *Oriens Antiquus*, XXI, 1982, p. 181; vid.: nota 48.

⁸⁷ Aubet, *Loc. cit.* (n. 81), p. 270.

⁸⁸ H. G. Niemeyer-H. Schubart, «Toscanos. Die altepunische factorei an der mündung des Río Velez. Lieferung 1.ª grabungskampagne 1964», *Madrider Forschungen*, 6, 1969, pp. 105 ss. y 115; ídem, «Toscanos und Trayamar. Vorbericht über die grabungskampagne 1967», *MM*, 9, 1968, pp. 105 y 112; Arribas-Wilkins, *Loc. cit.* (n. 84), p. 188.

recientemente relacionados con una difusión protagonizada desde el entorno colonial⁸⁹, lo que supone un importante obstáculo para su utilización como elementos definidores de una facies cultural tartésica.

Por todo ello creo que se puede relacionar esta necrópolis con la existencia de los ya aludidos talleres fenicios del interior y quizás cabría relacionarla también con los materiales proporcionados por el yacimiento del Carambolo en donde la cerámica de engobe rojo presenta, al parecer, formas generalmente orientales que sorprenden por la pureza de sus paralelos y por su calidad, y que abogan en favor de «un centro de mucha importancia, con vajillas de primera categoría y de raigambre directamente oriental, sean de importación o debidos a algún alfar fenicio occidental»⁹⁰. Desde este enfoque quizás adquiera también una significación más concreta el hallazgo de la famosa Astarté con inscripción fenicia, a lo que habría aún que añadir un reciente estudio de la toponimia realizado por Lipinski y cuyos resultados sugieren la presencia de una comunidad oriental⁹¹.

Parece, por tanto, que existe base suficiente para sospechar la existencia de una colonización interior relacionada con un segundo modelo de comportamiento colonial hasta el momento no considerado y que se localiza principalmente a lo largo del Bajo Guadalquivir, y más concretamente en Sevilla, aunque con manifestaciones aisladas en la costa, como es el caso de Frigiliana, y que en estrecho contacto e incluso mestizaje con el sustrato autóctono local explica más adecuadamente la adopción por parte de este último de una serie de manifestaciones culturales que no pueden proceder de los asentamientos fenicios establecidos en la costa por la sencilla razón de que no son característicos de ese entorno colonial. Resulta obvio, por consiguiente, que el segundo modelo colonial detectado, caracterizado por toda una serie de elementos como son los marfiles, jarros de bronce, determinados tipos cerámicos como las ánforas globulares o el mismo rito de incineración, se distingue por un tipo de comportamiento distinto, lo que implica resultados también diferentes, como consecuencia de motivaciones asimismo dispares a las tradicionales consideraciones de carácter prioritaria-

⁸⁹ H. Parzinger-R. Sanz, «Zum ostmediterranen ursprung einer gürtelhakenform der Iberischen Halbinsel», *MM*, (en prensa); no parece descartable, en principio, que dada su difusión mediterránea estos elementos junto con otros como las fibulas de doble resorte o las puntas de flecha con arpón lateral hayan sido introducidos por los colonizadores fenicios o griegos. De hecho, por sus propias características constituyen objetos ideales para ser utilizados como elementos de intercambio en las transacciones (fácil almacenaje, cómodo transporte, etc.). Pero éste es un tema sobre el que junto con los autores anteriormente citados pensamos volver en un trabajo futuro.

⁹⁰ Negueruela Martínez, *Loc. cit.* (n. 22), p. 349.

⁹¹ E. Lipinski, «Vestiges phéniciens d'Andalousie», *Orientalia Lovaniensia Periodica*, 15, 1984, pp. 100; según este autor el propio nombre de Sevilla (Hispal o Spalis) parece proceder de la raíz semítica *špl*: «estar debajo», con lo que el nombre antiguo de Sevilla sería Špal o Špali (=«la de abajo»). Esta interpretación coincidiría con la de Isidoro de Sevilla (*Etymologiarum sine Originum Libri XV*, 1, 71): *quod in solo palustris suffixis in profundo palis dicata est*: «edificada sobre un terreno pantanoso con ayuda de estacas clavadas en el suelo». Todo ello coincide con el primitivo carácter de marismas de la región: Pellicer, *Loc. cit.* (n. 14, 2.^a), p. 825.

mente comercial. pero esto último corresponde a otra historia que, como tal ha sido expuesta en otro lugar⁹².

Según esto, a los artesanos y mercaderes habría que añadir los agricultores como agentes externos de la aculturación, que en un vecindaje más estrecho con los autóctonos facilitarían la aceptación de determinadas pautas culturales que, como en el caso de las prácticas funerarias, requieren un contacto muy intenso y continuado que las solas relaciones comerciales, por fuertes que sean, no alcanzan a explicar. Pero conviene no caer en excesivas simplificaciones. Si hablamos de un segundo modelo colonial caracterizado por una serie de manifestaciones específicas se debe sobre todo a la necesidad metodológica de establecer una diferenciación respecto al único modelo considerado hasta ahora. Está claro no obstante que en la realidad no debieron existir modelos puros sino que, por el contrario, pese a la evidente presencia de áreas de proyección más acusada de uno u otro, en la práctica las formas de comportamiento características de cada uno de ellos debieron entrecruzarse y aún sobreponerse en no pocas ocasiones. Así, por ejemplo, en Huelva se detectan, como se ha visto, elementos que sugieren una importante actividad metalúrgica vinculada al asentamiento de un núcleo de especialistas orientales en el estuario del Tinto-Odiel, mientras que los yacimientos situados a lo largo del Guadalquivir, con menos evidencia de actividad metalúrgica, parecen más volcados hacia un aprovechamiento agrícola y ganadero, —amén de la consabida función logística—, con el que se relaciona también Medellín, en el hinterland extremeño, con una necrópolis muy similar en ritual y materiales a las de Cruz del Negro y Frigiliana⁹³. Pese a ello, contaban seguramente con sus propios talleres responsables de la manufacturación de todos aquellos elementos específicos del orientalizante tartésico que no eran característicos sin embargo del entorno colonial de las costas mediterráneas andaluzas.

Del mismo modo, existe cada vez mayor evidencia de una vertiente territorial y agrícola en los asentamientos fenicios del litoral⁹⁴ a los que se ha venido asignando de forma casi exclusiva una función comercial y unos intereses volcados estrictamente hacia el mar.

Quede claro por todo lo dicho que la diversidad colonial destacada, tanto de procedencia como de componente socio-económico, debe ser contemplada a la luz de una problemática compleja que valore una frecuente mezcla de intereses y comportamientos que, no obstante, no impida dilucidar la específica caracterización de cada uno. Tal diversidad que, como se ha

⁹² Whittaker, *Loc. cit.* (n. 7), pp. 62 ss.; Wagner, *Loc. cit.* (n. 8), pp. 24 ss.; J. Alvar-C. G. Wagner, «Fenicios en Occidente: la colonización agrícola», *Oriens Antiquus*, (en prensa), como afirma Pellicer (*Loc. cit.* [n. 14, 2.ª], p. 835): «sorprende que los yacimientos del horizonte orientalizante, producto de la aculturación fenicia, se extienden predominantemente por los bordes meridionales y orientales de las marismas, precisamente en la zona en cuyo hinterland no existen minerales». Parece, por consiguiente, que más que a un aprovechamiento directo de éstos su localización estaría en función amén otros intereses, del control estratégico de su acceso.

⁹³ Almagro Gorbea, *Op. cit.* (n. 64), pp. 378 ss.

⁹⁴ Vid. nota 92; Arteaga, *Loc. cit.* (n. 43), p. 43, n. 146.

comprobado, permite distinguir fundamentalmente entre dos formas de actuación colonial distintas, aunque no siempre ni necesariamente aisladas, puede venir a ser en cierto modo ratificada finalmente por la dispar procedencia de los colonizadores que revela el análisis de la toponimia y de los vestigios epigráficos⁹⁵, coincidiendo de esta forma con la impresión ya constatada en la observación de las necrópolis.

2. Formas de contacto

Es esta misma diversidad de procedencia y comportamiento colonial la que conlleva la existencia de formas de contacto diversas. Esta variedad podría afectar incluso en principio al propio carácter del contacto cultural, ya que si admitimos la existencia de otras motivaciones amén de los siempre señalados intereses comerciales cabe la posibilidad de que el contacto pacífico, fundamental para el mantenimiento de este tipo de relaciones, no haya sido siempre, como observa Whittaker, exclusivo⁹⁶. Aún así no estamos en condiciones de profundizar en este tipo de problemas ante la falta de información suficiente, lo que no es óbice para señalar una variada gama de formas de contacto entre ambas comunidades culturales.

Preciso es señalar en primer término el contacto que se produce en el propio contexto colonial, esto es: en los mismos asentamientos fenicios donde el elemento colonizador es, por tanto, predominante y que se documenta en la aparición de cerámica a mano de tradición local en estos yacimientos o incluso en la presencia de técnicas constructivas de raigambre autóctona fácilmente identificables por su carácter más rudimentario. Igualmente se puede constatar en la presencia de huesos de cerdo, animal tabú para estos semitas; aunque lo realmente significativo no es su localización aislada sino la presencia de todos estos elementos en conjunto como ocurre, por ejemplo, en Toscanos⁹⁷. No es aventurado sospechar que este tipo de contacto, que podríamos definir como directo e intenso, se haya producido en otros sitios del entorno colonial, principalmente en la propia Gadir. Y hay que recordar finalmente que esta presencia de autóctonos en los asentamientos fenicios ha sido explicada por una división primaria del trabajo entre colonizadores y colonizados y la consiguiente incorporación de mano de obra local, y desde ópticas distintas por Whittaker que la vincula a un aprovechamiento de las posibilidades agrícolas⁹⁸, y Frankenstein que la relaciona con los trabajos de producción manufacturera⁹⁹. Es el desequilibrio propio de

⁹⁵ Lipinski, *Loc. cit.* (n. 91), pp. 100 ss.

⁹⁶ Whittaker, *Loc. cit.* (n. 8), pp. 72-76.

⁹⁷ Niemeyer-Schubart, *Loc. cit.* (n. 88), pp. 105 ss., 115; H. Schubart-H. G. Niemeyer-G. Lindermann, «Toscanos, Jardín y Alarcón», *N. Arq. Hisp.*, 1, 1972, pp. 21, 29, y 31-32.

⁹⁸ Whittaker, *Loc. cit.* (n. 7), pp. 71-72.

⁹⁹ S. Frankenstein, «The Phoenician in the Far West: a Function of Neo-Assyrian Imperialism», *Mesopotamia*, 7, 1979, pp. 283-285 y 288.

este tipo de contacto lo que favorece, en virtud de una aculturación profunda o parcial, la asimilación final, o en su caso la marginación, de las autóctonas, culturalmente minoritarias, al sistema colonial, queda claro que se trata de un fenómeno de *aculturación impuesta* en el que los colonizadores establecen un control directo sobre las autóctonas dirigiendo su proceso de aculturación.

En segundo lugar, el contacto, igualmente directo, se produce también en un contexto claramente autóctono en donde el elemento local es el predominante o al menos no se encuentra en una proporción inferior a la de los colonizadores. Es el caso ilustrado por la presencia de metalúrgicos orientales en Huelva, o por la probable existencia de un santuario de origen colonial en Cástulo y posiblemente en el Carambolo. Una situación similar ilustra también la presencia de una casa «fenicia» en Tejada la Vieja¹⁰⁰. En este caso cabe considerar la existencia de especialistas procedentes del entorno colonial en el seno de comunidades autóctonas de cara a un más eficaz aprovechamiento de los recursos mineros y metalúrgicos o de miembros de un *karum* fenicio bajo la protección de un santuario. Pero las repercusiones de esta forma de contacto quedan atenuadas por la existencia de un equilibrio que caracteriza el encuentro entre ambos equipos culturales. Hablamos, por consiguiente, de una *aculturación espontánea* en la que la aceptación e integración de elementos culturales exteriores obedece a los dinamismos internos de la sociedad autóctona.

Hay todavía una tercera forma de contacto, similar en parte a la anterior, que supone la presencia de una misma zona, y por tanto en estrecho vecindaje, de ambas comunidades y relacionada con la ya destacada colonización interior. Tal sería el caso de yacimientos fenicios como Cruz del Negro, o incluso mixtos como Medellín, Setefilla y Carmona. La intencionalidad fundamental residiría en este caso en una explotación de carácter agrario, lo que no descarta el aprovechamiento de otros recursos ni la existencia de talleres manufactureros destinados a colmar la demanda local. Esta forma de contacto es propicio en cambio a un mestizaje que favorecería la asimilación de los influjos culturales externos, evidenciado por determinados enterramientos que aúnan distintas prácticas funerarias, como la inhumación y la incineración, al mismo tiempo, y en modo alguno ajeno tampoco a los dos supuestos anteriores. Tal constatación no debe por lo demás resultar sorprendente en tanto en cuanto que el mestizaje no constituye en modo alguno un fenómeno insólito en el seno del proceso colonizador fenicio en el Mediterráneo¹⁰¹.

Ya que la integración o asimilación definitiva de las influencias culturales procedentes del entorno colonial es a todas luces un fenómeno ciertamente tardío en Tartessos, parece lógico considerar que el influjo fundamental se

¹⁰⁰ A. Blanco-B. Rothemberg, *Exploración arqueometalúrgica de Huelva*, Barcelona, 1981, pp. 256 ss.

¹⁰¹ Whittaker, *Loc. cit.* (n. 7), pp. 70 ss.

produjo a raíz de esta última forma de contacto caracterizada por la colonización interna de signo preferente, aunque no exclusivo, agrario; aunque en ocasiones, como parece ocurrir en Huelva, la presencia de un activo núcleo colonial fundamentalmente metalúrgico en el seno de un contexto autóctono haya llegado a producir un resultado similar. Ello resulta más evidente si atendemos a la cronología inicial de esta colonización interna, datable grosso modo en la primera mitad del siglo VII a.C. lo que limina el desfase existente entre la aparición de los primeros asentamientos fenicios adscritos a la colonización litoral en el siglo VIII y la incorporación final de los influjos orientalizantes en Tartessos durante el VI. Y habida cuenta también de que es en este último momento cuando se va a producir una interrupción de las actividades coloniales más significativas en los asentamientos fenicios del Círculo del Estrecho por lo que difícilmente ha podido proceder de ellos los últimos estímulos¹⁰².

Preciso es, finalmente, tener presentes otros dos aspectos relacionados también con las diversas formas que adquiere el contacto cultural. Tiene que ver el primero con la existencia de un fenómeno que juega un papel de preparación del medio autóctono ante los contactos originados por la colonización: la existencia de contactos anteriores de carácter pre-colonial que han podido actuar como fermentos o catalizadores en el seno de las estructuras y prácticas locales¹⁰³, y que, en cualquier caso, caracterizan precisamente los primeros momentos de la expansión fenicia por el Mediterráneo siendo responsables por ello del desfase producido entre la datación arqueológica y la literaria¹⁰⁴. En lo que a Tartessos confiere no habría que descartar de antemano la posibilidad de que una serie de fenómenos nuevos detectados durante el Bronce Final, como es la transformación territorial del habitat con aparición de poblados en lugares hasta entonces prácticamente deshabitados, en relación con un incremento demográfico y un interés nuevo por el control estratégico del acceso a los recursos mineros¹⁰⁵, hayan sido provocados por contactos de este tipo preparando así el terreno a la futura colonización.

Y en relación con ello mismo, el segundo aspecto al que aludíamos antes implica que el contacto cultural se puede producir en ocasiones sin que los

¹⁰² Se podría pensar, no obstante, que la final aculturación aunque tardía obedezca a un fenómeno en virtud del cual el cambio se produce «a medida que poco a poco los influjos coloniales directos fueron sustituidos por estímulos procedentes del propio sustrato aculturado, como consecuencia de la propia vitalidad y del efecto multiplicador generado por la introducción de los estímulos culturales» (Almagro Gorbea, *Loc. cit.* n. 8, p. 445). Tal interpretación, aunque pausable, choca con la dificultad de la lenta actuación de tales estímulos ya observada. Parece más bien que la demanda minero-metalúrgica fenicia diversificó las estructuras socio-económicas de los autoctos favoreciendo de este modo la final integración de las novedades culturales: Wagner, *Loc. cit.* (n. 8), pp. 10 s.

¹⁰³ Gruzinski-Rouvet, *Loc. cit.* (n. 1), p. 167.

¹⁰⁴ S. Moscati, «L'expansion Phenico-punique dans la Méditerranée occidentale», *Actes du deuxième Congrès...* (cit. n. 61), pp. 19 ss.; idem, «Precolonizzazione greca e precolognizzazione fenicia», *R.S.F.*, 11, 1983, pp. 4 ss.; Whitaker, *Loc. cit.* (n. 7), pp. 67, 69 y 78.

¹⁰⁵ Aubet, *Loc. cit.* (n. 8), pp. 87-90.

individuos de cada cultura mantengan relaciones directas o físicas. Así, por ejemplo, la distribución geográfica de los jarros orientalizantes tartésicos sugiere una penetración realizada fundamentalmente a partir de impulsos locales, sin intervención por tanto del ámbito colonial, y relacionada sin duda con su carácter de bienes de prestigio y la función que como tales desempeñan en prácticas como el intercambio de regalos¹⁰⁶. Ello quiere decir que un elemento originario en principio del contexto colonial ha podido ser transmitido posteriormente por agentes exclusivamente locales.

3. Agentes aculturadores internos

La existencia y el carácter de los agentes internos de la aculturación viene en cada caso condicionada por las distintas formas de contacto cultural observadas. De esta manera, la incorporación de autóctonos a los asentamientos coloniales fenicios, bien en relación con el trabajo agrícola o manufacturero, ha podido desempeñar un factor importante de asimilación de éstos a la cultura colonial. Si tal como parece, la posterior desaparición en estos yacimientos de la cerámica a mano de tradición local, y, en su caso, de los huesos de cerdo puede ser interpretada como un signo de la final asimilación de los autóctonos y/o de su expulsión a la periferia¹⁰⁷, éstos se convertirían entonces en importantes vehículos de transmisión de las influencias coloniales. Aún así, es necesario hacer algunas matizaciones, sobre todo en lo que a la transmisión de los conocimientos de tipo técnico se refiere, ya que no es similar, por ejemplo, el caso de los alfareros y ceramistas al de los metalúrgicos especializados o, en su defecto, los arquitectos, apoyados en un conjunto de conocimientos teóricos y técnicos mucho más delicados de transmitir inmediatamente¹⁰⁸.

Tampoco conviene olvidar que, no obstante, en situaciones en las que el contacto entraña un determinado grado de violencia o tensión, estos autóctonos asimilados a la cultura colonial pueden actuar como importantes mecanismos de la contra-aculturación. Sobre todo en situaciones de aculturación impuesta en las que se oponen dos sistemas de valores. Es importante, asimismo, destacar que existen formas de violencia sobre el grupo cultural dominado mucho más sutiles que las distintas clases de agresión física directa y que suponen igualmente efectos negativos tan importantes como los producidos por ésta. Sirva como muestra de una gama mucho más amplia la transformación por el grupo cultural dominante de un espacio considerado tradicionalmente sagrado por los habitantes locales.

Según toda la evidencia las élites locales debieron desempeñar un papel

¹⁰⁶ Wagner, *Loc. cit.* (n. 8), pp. 20-21, n. 64 y 68; cfr.: J. Alvar: «El comercio del estaño atlántico durante el periodo orientalizante»; *M.H.A.*, 18, 1980, p. 47.

¹⁰⁷ Whittaker, *Loc. cit.* (n. 7), pp. 72-73.

¹⁰⁸ Gruzinski-Rouvet, *Loc. cit.* (n. 1), p. 181.

importante como agentes internos de la aculturación. A ellas fundamentalmente iba destinada la mayoría de las importaciones fenicias de lujo y las manufacturas de los talleres orientalizantes locales¹⁰⁹. Sin embargo, es ésta una aculturación que atañe a un reducido número de individuos aún cuando por su propia situación en el seno de sus comunidades, su peculiar estilo de vida y las prácticas y elementos que lo integran tienden a ser imitados por el resto. Con todo, la aculturación de estas élites no parece tampoco demasiado intensa si nos atenemos a las fuertes pervivencias y reinterpretaciones de elementos procedentes del contexto colonial observadas en las manifestaciones funerarias. Por el contrario es el sustrato llano de estas comunidades el que parece en algunas ocasiones más influido por el cambio cultural adoptando usos funerarios externos ante los cuales se muestra más receptivo, bien por un estrecho vecindaje con los colonos fenicios o por la existencia de una tradición propia similar y relacionada en última instancia con la llegada durante el Bronce Final de los primeros incineradores al mediodía peninsular¹¹⁰; o por ambas cosas a la vez. Y es sensato considerar que las innovaciones de tipo técnico y el conocimiento de nuevos cultivos que aportarían seguramente estos colonos fenicios del interior actuaran como poderosos factores de atracción en unas poblaciones que, aunque básicamente ligadas a una economía tradicionalmente ganadera, sintieran, ante el incremento demográfico detectado durante el bronce final, la necesidad de diversificar sus fuentes de mantenimiento.

Desde esta óptica se entiende mejor el carácter conservador de estas élites autóctonas, patente en sus manifestaciones funerarias aunque éstas incorporen elementos formales procedentes del contexto colonial con el fin de resaltar su rango; reacias al cambio económico que elude aquello que por tradición constituía desde antiguo la principal fuente de su poder y recursos. En apoyo de esta hipótesis puede presentarse el hecho constatado de que allí donde el contacto cultural no implica esta alteración de la tradición económica, como ocurre en Huelva, donde el principal foco aculturador tiene un carácter marcadamente metalúrgico, las élites locales acusan un impacto más intenso de la aculturación, como demuestra el que adopten un ritual funerario propio del entorno colonial documentado por las incineraciones en ánforas de las tumbas 12, 17 y 19 de La Joya¹¹¹.

Finalmente, entre los autóctonos las mujeres debieron desempeñar asimismo un importante papel como agentes internos de la aculturación¹¹² en relación al ya señalado fenómeno del mestizaje. En este sentido, no resultará preciso insistir en que la fórmula de los matrimonios mixtos, que arqueológicamente se detecta en los enterramientos que aúnan rituales

¹⁰⁹ Aubet, *Loc. cit.* (pn. 8), p. 98; Almagro Gorbea, *Loc. cit.* (Ibid.), p. 437-438; Wagner, *Loc. cit.* (Ibid), pp. 18 ss.

¹¹⁰ Aubet, *Loc. cit.* (n. 8), p. 91.

¹¹¹ J. P. Garrido-E. Orta, *Excavaciones en la necrópolis de La Joya, Huelva. II, E. Arq. Esp.*, 96, 1978, p. 167.

¹¹² Almagro Gorbea, *Loc. cit.* (n. 8), p. 446, cfr.: Whittaker, *Loc. cit.* (n. 7), p. 74.

distintos, constituye uno de los principales vehículos de la integración¹¹³. Y conviene recordar que entre las élites tales matrimonios constituyen la forma de reforzar frecuentemente los vínculos de tipo político y económico.

V. Conclusiones: alcance del cambio cultural

Al término ya de esta encuesta se plantea la necesidad de establecer, siquiera provisionalmente, el alcance de las transformaciones producidas en el medio autóctono como consecuencia del impacto cultural externo. Por razones obvias que han sido expuestas a lo largo de la misma resulta lícito abrigar la sospecha de que tales transformaciones no alcanzaron siempre la intensidad y profundidad que en ocasiones se les ha otorgado, lo que no significa aceptar, como se ha propuesto, que no «pueda hablarse ni de proceso de aculturación propiamente dicho ni de profundos cambios culturales»¹¹⁴. Parece relativamente claro que la posterior cultura ibero-turdetana, caracterizada por sus manifestaciones urbanas, por un importante desarrollo y diversificación del llamado sector secundario que incluye, entre otras, la asimilación del torno y de la metalurgia de hierro, así como una utilización más amplia de la escritura en consonancia con sus sistemas más complejos de administración, acusa un sustrato fenicio-púnico¹¹⁵ que cabe remontar a este

¹¹³ Gruzinski-Rouvet, *Loc. cit.* (n. 1), p. 179; Whittaker, *Loc. cit.* (n. 7), p. 70; Morel, *Loc. cit.* (n. 11), pp. 134-135.

¹¹⁴ Aubet, *Loc. cit.* (n. 8), p. 106.

¹¹⁵ Pellicer, *Loc. cit.* (n. 14), p. 325. La presencia de este sustrato en las comunidades de época ibero-turdetana se documenta con fuerza entrado ya el período romano que acusa una intensa y significativa pervivencia de este carácter hispano-fenicio en el mediodía peninsular mientras que en otras regiones, como el Sudeste y Levante, este carácter se pierde rápidamente tras la conquista (vid.: Ju. B. Tsirkin, «The Phoenician civilization in Roman Spain», *Gerión*, 3, 1985, p. 259). Parece que este carácter no puede achacarse en medida suficiente a la presencia cartaginesa que tuvo, antes del período Bárquida, un sentido fundamentalmente comercial y estuvo particularmente centrada en el Sudeste y la Alta Andalucía, amén de Ibiza (vid.: C. G. Wagner, «Cartago y el Occidente. Una revisión crítica de la evidencia literaria y arqueológica», *In memoriam Agustín Díaz Toledo*, Granada, 1985, pp. 447 ss.; idem, *Loc. cit.* (n. 34), pp. 214 ss.; cfr.: P. Barceló, «Ebusus ¿colonia fenicia o cartaginesa?», *Gerión*, 3, 1985, pp. 271 ss.). Como por otra parte la presencia griega en esta área geográfica no parece, según todos los indicios, haber revestido la intensidad ni el carácter que en ocasiones se la ha venido atribuyendo (vid.: Shefton, *Loc. cit.* (n. 72), pp. 342 ss.; cfr.: J. P. Morel, «L'expansion phocéenne en Occident, dix années de recherches (1967-1975)», *BCH*, 99, 2, 1975, p. 887) no resulta fácil atribuir las transformaciones finales que experimenta el mundo de raíz tartésica a un impacto procedente de un ambiente helénico como sugiere Aubet (*Loc. cit.*, n. 8, p. 107). Aunque bien es cierto que hoy se disponen de datos que permiten señalar la existencia de un comercio focense en Tartessos al menos durante el siglo VI a.C. (vid.: J. P. Garrido-M. E. orta, «Las cerámicas griegas de Huelva. Un informe preliminar», *I Focei dall'Anatolia all'Oceano: La Parola del Passato*, 204-207, 1982, pp. 407-416; cfr.: M. almagro Gorbea, «La colonización focense en la península Ibérica. Estado de la cuestión», *Ibid.*, pp. 432-444), no hay rastro alguno de una colonización (*apoikiai*) de procedencia helénica en estos territorios. Pretender, por tanto, que los productos introducidos por el comercio, por intenso que este sea, son los responsables de la transformación de los modos de vida y la ideología autóctona actuando como uno de los más eficaces elementos de aculturación, equivale a lanzar una suposición sumamente arriesgada (cfr.: Llobregat, *Loc. cit.* (n. 12), pp. 72-73; A. J. Domínguez Monedero, «Focea y sus colonias: a propósito de un

período o en su defecto a una fase tardía del mismo. Porque conviene insistir nuevamente en el carácter tardío de la aculturación en Tartessos si estamos de acuerdo en definir con este nombre la cultura que se desarrolla en el sur de la Península durante el denominado período orientalizante. Igualmente hay que insistir en que no se trata de un proceso uniforme en modo alguno.

Asimismo, la propia complejidad de todo proceso de aculturación invita a mostrarse cauto ante generalizaciones excesivas. De este modo, se puede apreciar sin mucha dificultad cómo la aculturación se manifiesta de forma distinta en los diversos ámbitos que integran el mundo tartésico. Mientras que la asimilación total, o si se prefiere; la transculturación, parece haberse producido casi exclusivamente en un contexto claramente colonial, el grado de integración de las influencias culturales externas varía de un lugar a otro en función de un buen número de factores entre los que hay que destacar el grado de equilibrio que caracterice las relaciones entre ambas comunidades culturales y la diversidad del componente colonizador y autóctono.

1. El cambio demográfico

En realidad está ya implícito de alguna forma en la propia presencia de los colonizadores. Por ello es preciso distinguir entre la aparición de asentamientos coloniales en el litoral mediterráneo andaluz con muy baja densidad de población local, y la presencia de los colonizadores en zonas donde por el contrario, como ocurre en Huelva y el Bajo Guadalquivir, se detecta una importante concentración de poblamiento autóctono. Los resultados, lógicamente, no serán los mismos.

Por otra parte, si consideramos la posibilidad de que, como ocurre en algunas situaciones análogas, contactos de carácter precolonial hayan podido actuar como estímulos del factor local, entraríamos en la sospecha de que la llegada de estas poblaciones tartésicas al estuario de Huelva y a la región del Bajo Guadalquivir durante el Bronce Final ha podido estar relacionada con la necesidad, introducida por tales estímulos, de ejercer un control estratégico sobre el acceso a los recursos minero-metalúrgicos. De esta forma, la transformación territorial del hábitat con que se inaugura lo que consideramos el mundo tartésico ha podido estar influida por tales factores externos.

Cabe, asimismo, incluir entre las transformaciones que condicionan el cambio demográfico los fenómenos de mestizaje detectados, documentados por los enterramientos mixtos, y que actúan como mecanismos de integración, acentuando por consiguiente el impacto aculturador, en relación sobre todo con la colonización interior. Igualmente, aunque en grado no evaluable,

reciente coloquio», *Gerión*, 3, 1985, p. 436) que, por lo demás, desprecia constataciones bastante sólidas procedentes de otros ámbitos de evidencia: así, por ejemplo, Galicia con mucho movimiento de comercio romano presenta un impacto cultural sumamente superficial (vid.: A. Tranoy, *La Galice romaine*, París, 1981, pp. 261 ss.).

resultarían afectadas las estructuras de parentesco desde el momento en que una organización de tipo doméstico dejara paso lentamente a una economía más avanzada y diversificada.

2. El cambio ecológico

Está igualmente presente en una transformación del hábitat que conlleva también un proceso gradual hacia la urbanización. Pero hay otros factores no menos importantes que inciden en la transformación del paisaje local: la introducción de nuevos cultivos, como la vid y el olivo, o en su caso la intensificación de su producción, así como la introducción de nuevos animales domésticos, como la gallina o el asno; pero en cualquier caso estamos muy lejos de poder evaluar, siquiera aproximadamente, el verdadero alcance de estas innovaciones.

Asimismo, el desarrollo y la intensificación de las actividades minero-metalúrgicas y de la propia manufacturación de cerámicas debió contribuir, y no de manera escasa, a la deforestación local, sobre todo en aquellos lugares que, como Huelva, se vinculan especialmente a este tipo de actividades, habida cuenta del importante consumo de madera necesario en ambos procesos de manufacturación, así como en las explotaciones mineras. Otro tanto habría que decir en relación con las necesidades navales y de edificación de los propios colonos, sobre todo en relación con un gran centro urbano como es la misma Gadir; pero es igualmente imposible, hoy por hoy, estimar su repercusión concreta sobre el medio ambiente local.

De cualquier modo, el cambio ecológico, por más que seamos incapaces actualmente de establecer su verdadero alcance, debió afectar en no poco grado a las comunidades tartésicas, pues acabaría por incidir en la transformación del espacio cultural y sagrado de las poblaciones autóctonas locales, algo que ya se advierte en un comienzo en la apreciada transformación territorial del hábitat.

3. El cambio socio-económico

La introducción en el ámbito tartésico de técnicas y conocimientos específicos procedentes del entorno colonial no significó en principio la ruptura con el tradicional modo de producción doméstico-familiar. La evidencia señala, en efecto, la existencia de un trabajo metalúrgico casero en poblados como San Bartolomé o Cerro Salomón y otro tanto puede apreciarse en Cástulo. La transformación de las estructuras económicas y sociales, paralela al proceso de urbanización que no llega a cuajar definitivamente durante el período orientalizante está condicionada por la diversificación y especialización en el seno de las prácticas económicas, y se presenta como un fenómeno tardío que parece responder, más a un proceso paulatino

de maduración interna estimulado por los contactos coloniales, que a una rápida transformación de las condiciones locales provocada por el choque cultural.

Ciertamente las comunidades autóctonas tartésicas se fueron tornando más diversificadas y complejas, lo que a su vez favorecía un proceso de estratificación y jerarquización de las mismas; pero fue ésta una evolución lenta, estimulada fundamentalmente por la demanda minero-metalúrgica de los colonizadores que a menudo implicaba una división del trabajo en la cual los aspectos más complejos del proceso productivo, y por ende los que requerían una mayor especialización, eran competencia principal de aquéllos, lo que finalmente se constata en la evidencia material que viene a documentar el auge del poderío de las élites locales que no parece remontable en ningún caso más allá de inicios del siglo VI a.C. La conexión entre este proceso que afecta al desarrollo interno de las comunidades tartésicas y la demanda minero-metalúrgica de los colonizadores viene avalada por el hecho de la coincidencia de la paralización del proceso urbano en Tartessos al final de este período con la interrupción del tráfico comercial fenicio en el Estrecho.

Esta diferenciación socio-económica cada vez más marcada se aprecia también respecto a las transformaciones surgidas a raíz del contacto con el segundo modelo de comportamiento colonial detectado —la colonización interior de carácter preferentemente agrícola— aunque con un signo distinto. Aquí, las élites locales adquieren un carácter acusadamente conservador por oposición a los nuevos estímulos económicos que tienden a minar su poderío y atraen, por el contrario, a una población que acusa un incremento demográfico y que necesita, por tanto, diversificar los recursos para su mantenimiento, y proclive por ello a una más fácil integración del influjo cultural externo. Además, como suele ocurrir casi siempre en estos casos, tal población encontraría básicamente las fuentes de su sustento en el acceso a pequeñas explotaciones agrícolas o en el cuidado de los ganados, símbolo fundamental de riqueza, de los notables locales, lo que pudo haber constituido un factor proclive al acercamiento entre ambos grupos de agricultores, sobre todo si consideramos que los colonos fenicios estarían pertrechados con técnicas y aperos más eficaces.

4. El cambio ideológico

Afecta al mundo tartésico de forma parcial y moderada permitiendo la existencia de fuertes pervivencias locales que se detectan sobre todo en el ámbito funerario, y obedece más a la actuación de mecanismos como la reinterpretación y el sincretismo, que a una profunda aculturación. El obstáculo fundamental procede, al margen del carácter profundamente conservador de las estructuras ideológicas, de la separación implícita entre un mundo colonial cuyos valores se incorporan en el conjunto de una sociedad

urbana estatal dotada de complejos mecanismos de integración ideológica, como es el fenicio, y otro más simple y de carácter marcadamente rural y aldeano y, por consiguiente, portador de una serie de valores claramente distintos. Es precisamente por ello que se observa un mayor grado de transformación ideológica en el contexto del contacto cultural originado a raíz de la colonización interior, ya que este modelo de comportamiento colonial procede de un sector del mundo fenicio vinculado tradicionalmente a actividades rurales, por lo que minimizaba las diferencias señaladas ya que aquí ambos grupos comparten valores más próximos de orden agrario.

Pero, por lo general, el mundo autóctono ha optado por aceptar determinados elementos procedentes de la cultura exterior a los que ha conferido una significación originada en valores y modelos propios.

5. El cambio lingüístico y mental

No existe por el momento evidencia alguna de un profundo cambio lingüístico, lo que en principio supone una fuerte vitalidad de la cultura local, al tiempo que la aceptación de la escritura como préstamo cultural externo fue lenta y estuvo sobre todo condicionada por la propia maduración de las condiciones internas de las comunidades tartésicas, estimulada por el contacto colonial. Aunque cabe sospechar la existencia, a falta de indicios más seguros, de determinados préstamos lingüísticos, vocablos sobre todo en relación con las aportaciones de la tecnología colonial y para los que no existirían equivalentes en la lengua vernácula, tales préstamos no condicionan necesariamente una transformación estructural de ésta, ni mucho menos el abandono de la misma en favor de la lengua hablada por los colonizadores. Se trata por lo tanto, al igual que en la introducción de novedades formales en el ámbito de la cultura material, de un fenómeno de difusión cultural y no de una auténtica aculturación.

Si bien no poseemos datos suficientes para evaluar siquiera aproximadamente la incidencia del cambio en las estructuras mentales y mecanismos del pensamiento, por lo general, habida cuenta del escaso impacto observado en las manifestaciones del lenguaje, entendido éste en un sentido amplio que incluye no sólo los cuerpos y repertorios lingüísticos sino también las creaciones plásticas, los universos míticos, las expresiones rituales, en fin cualquier forma de manifestación y comunicación, cabe sospechar un alcance ciertamente superficial del mismo.

Por todo lo visto podemos concluir que el cambio cultural parece haber tenido un alcance limitado en Tartessos así como un carácter moderado y parcial, reduciéndose en muchas ocasiones a acelerar la modificación de las condiciones locales internas, en lo que estamos de acuerdo sustancialmente con Aubet (*Loc. cit.*, n. 8), lo que impide hablar en términos generales de una fuerte aculturación. No obstante, y de acuerdo con las distintas formas de contacto y de comportamiento colonial se observa en

ocasiones la existencia de una aculturación más intensa por medio de la integración del elemento autóctono en los procesos productivos coloniales y/o del mestizaje. Esta aculturación más profunda¹¹⁶ se localiza consiguientemente en los propios asentamientos de los colonizadores y en los núcleos rurales autóctonos en estrecho contacto con la colonización interior de signo agrario, y parece en último término la responsable del sustrato íbero-fenicio que se detecta en la posterior cultura íbero-turdetana y que se mantiene con arraigo hasta bien entrada la época romana. Así, si el llamado período oientalizante tartésico se caracteriza por la existencia de diversos procesos de difusión cultural que sólo en contadas ocasiones cristalizan en auténtica aculturación, sienta las bases no obstante, fundamentalmente a raíz de la implantación del segundo modelo de comportamiento colonial detectado, la colonización interior agrícola, de posteriores transformaciones más intensas que, desarrolladas en el período de transición hacia la época ibérica, uno de los peores conocidos en este marco geográfico, culminarán con la definitiva eclosión de las estructuras propias del mundo ibérico-turdetano.

¹¹⁶ Parece que en los casos en que el contacto cultural no presenta fuertes desequilibrios la aculturación espontánea actuaría a través de los mecanismos de integración por medio de los cuales la sociedad autóctona incorpora un elemento exterior confiriéndole una significación propia obtenida de valores y modelos locales.